

Por entonces, la fiebre amarilla ofreció caracteres alarman-  
tes, sobre todo en la Habana y en Santa Clara. Se tomaron contra  
ella medidas radicales; comenzóse la lucha que tuvo tan extraordi-  
nario remate; pero la importancia de la materia obliga a tratarla  
en capítulo aparte.

El brote epidémico de fiebre amarilla estimuló los esfuerzos  
que, desde los primeros momentos de la ocupación militar, había  
iniciado el gobierno para vencer la plaga y limitar sus estragos.  
Era de las más mortíferas entre las conocidas y hacía, principal-  
mente de las regiones del Caribe y Golfo Mejicano, una zona temi-  
da en el mundo; Cuba, de manera especial, la isla extensa eterna-  
mente verde y de clima templado, por mitigar sus temperaturas tó-  
rridas las constantes brisas de sus mares; "la tierra más hermosa  
que jamás ojos humanos vieron", según la frase poética del Descu-  
bridor, y cuya posición geográfica la llama a ser la confluencia,  
el centro de unión de gran parte del comercio universal, aparecía  
a los ojos de todos los pueblos, de comarcas templadas o frías,  
como el paraíso perdido guardado por el angel exterminador. A sus  
playas podían arribar sólo como inmigrantes, los españoles auda-  
ces, que no contaron nunca sus muertos y que, con resignación fa-  
talista, herencia de 700 años de dominación musulmana, miraban  
con indiferencia pasmosa el inmenso tributo anual que pagaban a  
la muerte.

Periódica en sus grandes estragos la enfermedad, los causaba  
siempre importantes. Desde la toma de la Habana por los ingleses,  
a mediados del siglo XVIII, hasta la época que se describe, oca-  
sionó cientos de miles de víctimas; ¡y qué víctimas!; los más jó-  
venes de los recién llegados; los más rozagantes; los que conser-  
vaban aún en sus rostros los tintes propios de las zonas más  
frías y en su aspecto general las muestras de la mayor fortaleza  
física; ésos eran los que caían segados en flor.

La muerte es siempre triste; pero es más triste en plena ju-  
ventud y fuerza; parece entonces contraria a los propios fines de  
la naturaleza. Los mocetones recién llegados, alegres, audaces,  
con la brillante frescura de la salud perfecta, pagaban el mayor  
tributo a la endemia y lo pagaban en forma doblemente desesperan-  
te por la juventud de los que caían y por el cuadro de impotencia  
absoluta de la vida en su duelo contra la muerte. Ninguna otra en-  
fermedad la cusa con menos desgaste aparente; ninguna produce un  
derrumbe semejante. Con frecuencia sólo el tinte amarillo de los  
tegumentos modifica el aspecto del enfermo. A primera vista y a  
la de personas poco experimentadas, muchos de ellos, condenados a  
muerte próxima o irremediable, pasarían por convalescientes o por  
ligeramente indispuestos. El que peca al influjo de ese terri-  
ble mal, suele hacerlo como el árbol robusto que descuaja en todo  
el esplendor de su lozanía el huracán; no como el tronco añoso y  
carcomido que seca lentamente sus ramas y sus hojas.

En no pocos casos el propio enfermo, con inteligencia lúcida  
y hasta sobrexcitada, expresa sensación de bienestar; se encuen-  
tra muy mejorado; asegura su curación definitiva o próxima, en  
tanto los peritos que le escuchan pueden sólo, por la experiencia  
repetida y dolorosa, afirmar que están perdidas todas las esperan-  
zas; que pocas horas más tarde aquel infortunado será ya cadáver;  
ningún esfuerzo detendrá el desenlace; ninguna droga apartará, con  
probabilidades remotas de éxito, el cumplimiento inexorable de la  
sentencia.

El gobierno americano no podía cruzarse de brazos ante un ene-  
migo tan formidable; seguramente que nunca imaginó obtener el re-

HEREDADO DE LA PATRIMONIO  
AL  
DEL HISTORICOR  
DE LA HABANA

sultado brillante que le deparó la fortuna; pero no quería echar sobre sí el estigma que se había arrojado, por su incuria, sobre el gobierno español. No quiso pasar, entre indiferente y entristecido, ante el cuadro sin cesar renovado en los hospitales militares de la Isla, en los que, días tras días, solían perecer a montones los más fornidos mancebos. Por eso, en cuanto se presentaron los primeros casos, echó mano de las medidas más severas. Las casas y los cuarteles infestados se abandonaron; no pocas construcciones de maderas fueron destruidas o incendiadas.

Los enfermos se aislaron con rigorismo inusitado, aun los particulares; ningún individuo no inmune penetraba en las viviendas de aquellos; en derredor de las casas se estacionaron cordones sanitarios de fuerza armada y hasta se prohibió el tránsito por la calle en las cuádras correspondientes. Solía hacer el público objeto de chanzonetas y de burlas lo que se reputaba como producto de un miedo cervical; estaba acostumbrado a pasar indiferente ante la muerte. Al propio tiempo que se tomaban todas estas medidas y que se cambiaba el acantonamiento de las fuerzas en las que se habían presentado casos, el general Wood nombró, en el mes de Junio, una comisión especial para el estudio de la enfermedad. La componían los Dres. Walter Reed, Jesse W. Lazear, James Carroll y Aristides Agramonte. Estos nombres no se olvidarán jamás; la humanidad entera les elevará un monumento eterno de gloria.

Antes de esta fecha, hombres distinguidos y espíritus investigadores y altruistas habían hecho esfuerzos por encontrar la causa trasmisora de la enfermedad; todos habían resultado infructuosos; quedaron reducidos en sus consecuencias prácticas a afirmaciones empíricas; a conjeturas fundadas en observaciones incompletas y variadas por los distintos investigadores según sus puntos de vista. En 1848 Mr. Nott, de Mobila, escribió que "probablemente era causa de la fiebre amarilla algún animálculo o insecto que se criara en la tierra". (1)

Un médico, observador eminente al que la historia debe hacer justicia, el Dr. Luís Daniel Beauperthuy, publicó un informe oficial en 1853. "Afirmaba, de manera categórica, que los mosquitos eran los propagadores de la fiebre amarilla; sosteniendo su hipótesis, que entonces se creyó descabellada, con argumentos bien lógicos". Para él, era el mosquito de patas listadas de blanco el elemento que transmitía la enfermedad. Pero el verdadero descubridor del papel decisivo desempeñado por los mosquitos en la propagación del mal, fué el médico cubano Dr. Carlos J. Finlay. Desde 1881, con tenacidad incomparable, hija de un convencimiento profundísimo, mantuvo sus afirmaciones, confirmadas más tarde, en casi todos sus extremos, por pruebas irrefragables.

Lo hizo contra la gárrula fraseología de los sabios de pacotilla tenidos entonces en olor de oráculos y contra los punzantes aguijonazos de los críticos que echaban a broma las afirmaciones del sabio observador y las tomaban por producto de una candidez rayana en la simplicidad.

El desdén con que se acogieron, era hasta cierto punto explicable. La ciencia no había hecho más que iniciar el sorprendente avance provocado por los trabajos de Pasteur y sus discípulos; nadie podía soñar que en una colonia de los trópicos, brotase el chispazo genial de observación que alumbrara, con luz vivísima, punto tan oscuro de la ciencia. Las autoridades españolas nada hi-

(1) Boletín Oficial de Sanidad y Beneficencia.- Abril 1909.  
Dr. E. B. Barnet, Dr. A. Agramonte.

cieron para comprobar las observaciones de Finlay; por veinte años se retardaron los experimentos y por veinte años continuaron pagando tributo a la muerte miles y miles de europeos, españoles principalmente.

El Dr. G. Sanarelli, bacteriólogo competente y de reconocido valer científico, creyó encontrar el germen de la fiebre amarilla. Sus trabajos movieron ruido; los respaldaban los antecedentes de su autor; por algún tiempo dióse por hecho el que se había aislado en el bacillus hicterodes al malhadado azote de las Antillas

Por ese camino se iniciaron las investigaciones de la comisión americana. Los resultados fueron negativos; se comprobó, con toda evidencia, que las afirmaciones de Sanarelli eran erróneas.

Así las cosas, la Comisión se decidió a examinar la verdad sobre el medio de contagio, señalado con tanta perseverancia por el Dr. Finlay. Estableció su campo de experimentaciones en los "Quemados de Marianao" y en el hospital "Las Animas"; estos nombres quedarán eternamente unidos a uno de los triunfos científicos más grandes y más fructíferos de la humanidad.

Fué una de las primeras víctimas de los experimentos un ilustre miembro de la comisión: el Dr. Lazear. El 13 de Septiembre se dejó picar en una mano en el hospital "Las Animas" por un mosquito del género stegomya. El insecto estaba infectado, seguramente, porque en la misma sala habían pasado la enfermedad varios atacados. El Dr. Lazear le dejó llenar a su antojo; con quietud atenta, le permitió saciarse hasta que alzó el vuelo voluntariamente. Cinco días más tarde sentía el experimentador el escalofrío inicial de la enfermedad.

El ataque fué violentísimo; al tercer día hizo el primer vómito negro. El Dr. Carroll, convaleciente a su vez de la propia enfermedad, que había contraído también dejándose picar por un mosquito infectado, lo visitaba en aquellos momentos; recuerda la impresión que hizo en su amigo el síntoma fatal. Pocas horas más tarde murió aquel héroe de la ciencia; cayó en plena juventud; contaba solo 34 años. Como dice la lápida erigida a su memoria en "Johns Hopkins Hospital": Con más valor y devoción que el soldado, arriesgó y perdió la vida, por demostrar cómo los estragos del terrible mal podían evitarse". Su patria heredó su gloria y honra su memoria; Cuba le debe un recuerdo imperecedero.

Las investigaciones continuaron con gran actividad y en tal forma de audacia realizadas, que no tuvieron antes precedentes ni han tenido después imitadores. Se buscaron individuos no inmunes que quisieran prestarse a los experimentos; se les indemnizaba y se les hacía saber previamente el riesgo a que se exponían. Algunos perdieron la vida; pero los resultados científicos colmaron las esperanzas. El método seguido para encontrar quiénes se prestasen, se criticó mucho; es forzoso no obstante reconocer que no había otro medio eficaz de llevar a cabo las investigaciones; por otra parte, los que se exponían, hacíanlo voluntaria y conscientemente, amén que lo laudable del propósito y lo grandioso del resultado que se perseguía, quitaban todo valor a la maledicencia y a la crítica.

Los experimentos se hacían en casetas convenientemente dispuestas. En unas, resguardadas en absoluto contra los mosquitos, vivían grupos de personas no inmunes, pero en contacto con objetos que habían usado enfermos muertos de fiebre amarilla. Dormían en

146

las propias camas en las que éstos habían lanzado el último suspiro y se cubrían con las mismas sábanas usadas por los moribundos y en el estado en que las dejaron; se establecía, en una palabra, el grado máximo de contacto entre los enfermos y los sanos con una sola excepción: el mosquito.

En otras barracas el cuadro era a la inversa; ningún objeto que hubiese estado en relación con un enfermo se utilizaba para nada; todo era nuevo y hasta las propias personas eran objeto de la más escrupulosa limpieza. En cambio se permitía a los mosquitos, recogidos en las salas de enfermos, el vivir en el interior. A los pocos días casi todos los individuos alojados en estos departamentos habían contraído la fiebre amarilla y en cambio no había enfermado ninguno de los primeros.

Repitiéronse las experiencias en todos sentidos y siempre con los mismos resultados; no cabía ya la duda; el mosquito era el agente trasmisor de la enfermedad; se había dado un paso inmenso en la profilaxis de ella. La especie de mosquito se determinó también; era autor de tanto daño, el listado de blanco propio de los centros urbanos, fácil de distinguir y el mismo que desde hacía ya tantos años acusaba Finlay de los estragos anuales de la endemia. Como sucede siempre, tras el primer paso de avance en firme siguieron otros más; las conquistas de la ciencia en ese campo de la lucha fueron numerosos. El cuadro evolutivo de la enfermedad quedó perfectamente estudiado.

El nombre del terrible insecto es *Stegomyia calopus* y no puede confundirse fácilmente con otros de sus afines. Tiene sobre el tórax unas líneas blancas a manera de lira; la extremidad de los palpos es blanca y blancas son también las bases de los tarsos. Es esencialmente urbano y deposita sus huevos en las aguas dulces estancadas de las viviendas o de sus alrededores. Esos huevecillos germinan con rapidez y las larvas desarrollan su vida acuática respirando en la superficie y nutriéndose, hasta llegar al estado de insectos perfectos. Entonces las hembras, fecundadas rápidamente, chupan ávidas sangre, para prepararse en las mejores condiciones posibles a la ovulación y si, por acaso, es víctima de sus ataques un enfermo de fiebre amarilla, el insecto se transforma en vector del germen mortífero.

Impedir la vida del enemigo y que si logra escapar a la persecución no encuentre facilidades para picar y para reproducirse, es el problema de la profilaxis contra la fiebre; ¡a modestas proporciones ha quedado reducido! El hombre, antes inerme contra el traidor invisible que le hería a mansalva, se encuentra ya en condiciones fáciles de defensa; el temor que inspiraba la muerte súbita, sobrevenia en plena fortaleza, se ha trocado en confianza por los recursos para esquivarla y la experiencia repetida, sin intersección alguna en el éxito en todos los países que eran antes teatro de los estragos de la plaga amarilla, ha llegado a convencer a los más recalcitrantes incrédulos.

El insecto se destruye por las fumigaciones; la larva por medio de un obstáculo mecánico, como es una ligerísima capa de aceite sobre el agua en donde vive, para impedirle llegar a la superficie a respirar, en la línea de contacto con el aire atmosférico, y haciendo menos numerosos los estanques y lugares apropiados para su habitación.

Había ganado una de las más grandes batallas contra la muerte la Comisión americana; había conseguido uno de los beneficios má-

ximos, y el genial descubrimiento de Finlay quedaba como verdad definitiva para la ciencia. Aun los contemporáneos no aprecian en su justo valor esa gloria; es demasiado grande para medirla desde tan cerca; como las altas montañas que desafían a los cielos con sus cumbres requieren la lejanía para juzgarlas en su magnitud imponente, así también Finlay la demanda para aquilatar su grandeza. El anciano modesto y recatado que pasa, inadvertido entre la multitud, o que hurtándose ruboroso a las miradas, esquiva toda celebración y hasta saludo, es una figura gigante cuyo recuerdo guardará la historia como el de uno de los más brillantes descubridores de los primeros años del siglo XX.

Bien puede afirmarse, sin temor a ser desmentido, que la comprobación de cómo se trasmite la fiebre amarilla ha sido un hecho culminante del período interventor en Cuba; es superior a la propia ruptura de los lazos metropolitanos. Fué ésta el resultado necesario y previsto de la fortaleza sobre la debilidad; de la riqueza sobre la depauperación; de la proximidad sobre la distancia; de la previsión sobre el descuido. Fué aquélla el triunfo del examen sobre la indiferencia; de la ciencia sobre la ignorancia; del concepto elevado del valor intrínseco de la vida humana, sobre el desprecio fatalista de ella. Así merecen tímbrs perdurables de recordación gloriosa cuantos intervinieron en cualquier forma en la obra.

Ya el hombre de las regiones del norte no mirará con horror las hermosas de los trópicos, como lugar predilecto de la muerte en su forma más repulsiva; yo no huirán de sus costas, hasta entonces letales, los elementos cultos de otros pueblos, derivando la corriente vivificadora de ilustración y de progreso; ya el comercio no encontrará a su paso, limitando su desarrollo, el valladar cuarentenario, impuesto como defensa legítima contra las invasiones posibles del mal.

Bien podrá llegar el extranjero, en lo adelante, a las playas hospitalarias, seguro de no encontrar al paso el enemigo que antes le hería y que, cual monstruoso Polifemo, acechaba a cuantos se ponían al alcance de su poder. Sin sobresaltos por su propia existencia y sin el de los seres queridos que haya dejado distantes, podrá venir a las nuevas tierras de promisión, dispuestas a ofrecer sin peligro los dones de sus entrañas y hasta podrá traer a ellas la esposa y los hijos amados para constituir, sin angustia alguna, un hogar feliz.

Obras gigantescas, de beneficios incalculables para la humanidad, podrán acometerse sin que la muerte diezme con su guadaña a los audaces acometedores. Así el canal de Panamá, que rompe en dos porciones un continente y que abre de par en par las puertas a las aguas del Atlántico y el Pacífico para que se unan y se mezclen en las costas de Darien y de Panamá, realizará, sin sacrificios nuevos de vidas, el sueño de los primeros conquistadores y prestará a las actividades de sus dueños, fuente inagotable de bienandanzas y base fortísima de poderío.

Pasarán las edades; nacerán, crecerán y morirán los imperios, en ese eterno torbellino de la vida; sobre las ruinas de unas nacionalidades se formarán otras nuevas; pero ya, para siempre, sin que haya nada que pueda destruirlo, ni cambio que lo haga olvidar en la memoria de los pueblos surgidos en las comarcas libertadas del azote terrible, vivirá, con resplandores vivísimos, el recuerdo de Finlay, Lazear, Carroll, Reed, Agramonte y Gorgas, se repetirá el nombre del general Wood, que tuvo el acierto de nombrarlos,

NO DOCUMENTAL  
 OFICINA DEL HISTORIADOR  
 DE LA HABANA

y se conservará agradecimiento al pueblo norte-americano bajo cuya égida de protección y de aliento, se trocó en verdad experimental el portentoso y fecundo descubrimiento. Otros tendrán en el Continente mármoles más suntuosos, bronces más ricos que recuerden a los que nos sucedan su memoria; nadie, absolutamente nadie, tendrá como ellos monumento más justificado y duradero.

(Capítulo IV de la Obra "Cuba.- Los Primeros Años de Independencia" del Dr. Rafael Martínez Ortiz).



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA